

EL INTRUSO

Usaba movimientos lentos, lo tenía en la mira, era un disparo perfecto. Deseaba un mayor acercamiento, pero él sabía que no debía tentar a la suerte, el hielo en ciertos sectores es delicado y caer en esas aguas era una muerte segura.

Hado Straub, fotógrafo de profesión, se hallaba en el ártico retratando la vida animal. Viajaba con lo justo y necesario: una mochila con un par de prendas de vestir, víveres y una carpa especial para pasar esas noches de bajas temperaturas.

A estas alturas –un mes y veinte días– se le estaban acabando las provisiones, le quedaba justo para los diez días restantes que tenía calculados. También se le estaban acabando las ganas de seguir en este jueguito. *Es el sueño de cualquier fotógrafo, recorrer el mundo y vivir de tu mirada sobre las cosas*, se decía continuamente para subirse el ánimo. Aun así el precio a pagar era muy alto. Extrañaba pasar el tiempo con su amor, estar en casa viendo películas juntos, dormirse abrazados. Cada vez que finalizaba uno de sus largos viajes debía partir nuevamente en otra misión. En un principio no era ningún problema, pero las misiones comenzaron a hacerse más largas y constantes, además todo eso fue antes de comprometerse con su actual pareja, y antes de comenzar los tramites de adopción de un niño de año y medio.

Detrás del animal se podía admirar el amplio paisaje nevado, de un poderoso color blanco perfecto. Hado había leído antes de su viaje que los esquimales pueden ver entre

diez y once tonos distintos de blancos, pero por más que tratara no veía más que *un* blanco perfecto.

No se divisaba ni un alma, sólo él y la bestia.

Hace un par de días, Hado se encontraba mirando hacia la inmensidad del océano cuando creyó ver que algo se movía entre las aguas, *una ballena* pensó, abrió bien los ojos y vio una especie de ballena, de unos veinte metros, pero su piel era de un color amarillento medio verdoso; su superficie era rocosa, como la superficie de la luna; su cola parecía la de una lagartija gigante, y en la punta de ésta había seis garras, tres en cada lado; Hado miraba estupefacto aquel monstruo y no dudó en retratar su aparición. El monstruo al notar la presencia del hombre se quejó abiertamente en un lamento aterrador, se perdió en las profundidades del océano y disparó, al mismo tiempo, tres chorros de agua descomunales poseedores de huesos y cadáveres de lo que alguna vez fueran focas, lobos marinos y morsas. Sentado sin entender bien lo que había presenciado se quedó expectante de otra aparición. Nada, el show había concluido. Se quedó unos minutos pensando en lo que mostrarían las fotos al revelarlas, esperando que no haya sido una jugarreta del hambre mezclado con el poco de vodka que desayunaba para calentar su sangre, también esperaba que la nieve hubiese traspasado sus pantalones siendo eso lo mojado que sentía.

En lo segundo se equivocó.

Sólo él y la bestia.

Entre un témpano de hielo y otro saltó el bello lobo ártico al tiempo que un click sonaba y pasaba el rollo de la cámara. Una isla de hielo bajo el animal en busca de alimento. Miraba atentamente el agua, *La paciencia es el mejor arma del cazador*, decía el abuelo de Hado cuando lo llevaba de pequeño a cazar liebres.

Paciencia tenía la bestia, pero algo la distraía, un ruido (que hasta ese día le había sido desconocido) aparecía con cada movimiento. Trataba de mirar con suma concentración bajo el agua y nuevamente un click robaba su atención.

El cuadrúpedo levantó la mirada en claro tono de molestia.

Hado notó su disgusto.

En el rostro del lobo se notaba recelo. Miraba fríamente los ojos del hombre. Sabía que él era el causante del molesto ruido. Pero había algo más, mostró sus dientes y gruñó con desagrado, ahora los ojos del animal apuntaban a los pies de Hado, y el que alguna vez pareció ser un precioso lobo ártico se convertía en una escalofriante bestia salvaje.

Bajó la cámara poseedor de un pánico como nunca antes había sentido. No es como cuando te persigue un perro y te subes a un árbol, aquí no había ningún árbol. Ni palos, ni piedras, nada con que defenderse. Aunque se le veía sereno no dejaba de pensar en que los animales huelen el miedo, y eso, sobre todas las cosas, era lo que más miedo le daba. La nariz de la bestia lanzaba vapor como si por dentro estuviese ardiendo en ira. Las orejas apuntaban lo alto del cielo y al advertir que la concentración sobre él cambiaba de lugar y se dirigía hacia sus botas, se percató de su maldita suerte, había pisado la anterior caza del animal, un par de pescados muertos, *la comida para su familia* se dijo en voz baja.

No sabía qué hacer ni cómo reaccionar.

Comenzó a moverse, poco a poco, en un acto de sumisión, con la mano estirada para apaciguar a la bestia. Primero el pie izquierdo hacia atrás, luego el derecho, de a poco se iba alejando, cada vez más pequeño y lejano en perspectiva, un frío sudor lo mojaba por dentro de sus ropas. *Vamos, lentamente, no dejes de mirarlo. Izquierda. Derecha. Izquierda...* se iba diciendo mientras hundía las botas en la nieve.

En la inmensidad del ártico retumbo el eco de un crujido.

La foto del lobo gruñendo por su comida desapareció dando paso a una mucho peor, una fotografía oscura, sin campo visual ni imagen enfocada.

Hado, preocupado por no perder de vista a la bestia, había pisado una delgada capa de hielo que no aguantó sus noventa kilos de peso, ni los treinta de la mochila. No sabía hacia donde iba, allí abajo se veía todo igual, sobre su cabeza un interminable techo de un frío y grueso hielo no cedía frente a sus golpes. No quería deshacerse de su pesada mochila, *lo que pasó fue que me asuste mucho y por eso dejé caer todo mi trabajo a las profundidades del océano* diría a sus editores, claro, como si con eso se arreglara todo el trabajo perdido. Ya sin fuerzas comenzó a decaer ante el frío, su respiración tampoco aguantaría mucho tiempo más bajo el agua, su cuerpo comenzaba entumirse y cada vez golpeaba con menos fuerza el duro techo.

Una caliente chimenea era testigo de las caricias entre Hado y Enrique, su novio.

Un columpio sentía el peso de su hijo adoptivo.

Un televisor veía reír a los dos hombres junto a su niño por las ridículas peripecias que Tom debía pasar para atrapar a Jerry.

Rápidas imagines de recuerdos y sueños futuros pasaban por su cabeza mientras perdía lentamente la conciencia.

Hado detuvo su caída sobre un duro material rocoso que lo hizo reaccionar a medias, “la ballena” dijo una voz en su cabeza. Un potente chorro de agua atravesó la dura capa de hielo sobre ambos y otro chorro lo impulsó a la superficie con una fuerza descomunal. Cayó boca abajo sobre la nieve, agónico, *¡Oh Dios mío, gracias!* pensó Hado al salvarse de una muerte segura. Se quedó recostado unos minutos, empapado, exhausto. Hasta que un viento frío en su nuca lo hizo reaccionar. Primero fue un jadeo, luego un gruñido. Al parecer su Dios quería divertirse un poco más antes de irse a dormir. Se dio vuelta lo más rápido que pudo, pero el animal fue más rápido. Le mordió el rostro sintiendo, Hado, el olor a pescado muerto de su hocico, trató de empujarlo con ambas manos y mover su cara, pero lo único que consiguió fue que la bestia le arrancase la oreja izquierda con sus dientes como navajas. El grito del hombre fue desgarrador. Sus fuerzas eran casi nulas. Aún así agarró su cámara y comenzó a golpear el hocico pestilente a muerte. Uno, dos, tres golpes lograron ensangrentar un poco la nariz del animal. Al cuarto golpe sintió un tirón en el brazo. La bestia le había enterrado sus largos y filosos colmillos en la muñeca. Hado soltó la cámara y sintió como el cuadrúpedo le perforaba las venas, mordiendo y moviendo su cabeza de un lado a otro, sentía cómo se le estiraba la carne, cómo le sonaban los huesos. Con su mano libre volvió a golpear al animal una y otra vez, hasta que la bestia cedió.

Le había arrancado la mano.

Y la lucha terminó.

Una larga línea roja iba tiñendo el blanco paisaje. La bestia arrastraba por los pies su banquete. El cuerpo agónico de Hado se quemaba boca abajo por el roce con la nieve, y

antes de perder el conocimiento logró ver a través del suelo grueso y vidrioso a la ballena nadando tranquilamente, feliz, por la destrucción del intruso.